

Antología documental sobre Alta Vista-Chalchihuites, vol. I.

Lorena Mirambell Silva (coord.)

Baudelina Lydia García Uranga
y José Humberto Medina González
(introd., contenido, est. prel., y comp.)

México, INAH (Arqueología), 2016

Reseña

El título que se reseña es una obra ambiciosa coordinada por la Dra. Lorena Mirambell: el ejemplar, de 374 páginas, es tan sólo el primer volumen de los tres que integrarán toda la documentación (impresa, de archivo e inédita) que se ha escrito sobre Alta Vista desde el siglo XVIII y hasta el año 2010; es decir, la que procede de las primeras referencias sobre la región de Chalchihuites asentadas en crónicas y relatos novohispanos; la derivada de las primeras exploraciones y reconocimientos una vez que este lugar fue considerado un “sitio arqueológico”, y los copiosos materiales producidos en las últimas cinco décadas de exploraciones científicas sistemáticas.

Este largo devenir documental se encuentra ya en proceso para su publicación. Por lo pronto, los editores y compiladores de esta gran empresa de investigación documental arqueológica dieron a conocer el primer volumen en 2018 bajo el sello del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en el que Baudelina Lydia García Uranga y José Humberto Medina González nos presentan, en dos partes, un estudio preliminar y tres capítulos que comprenden propiamente la antología documental de tres siglos de ideas sobre el pasado prehispánico del sitio.

La organización de los capítulos es cronológica, y en su interior los materiales se presentan según su procedencia y tipo (administrativa, informes, hemerografía o publicaciones), facilitando enormemente su análisis, al contextualizar los materiales antes de su lectura. En el capítulo I (pp. 93-138) se brindan noticias sobre la región Chalchihuites desde el siglo XVIII y hasta finales del XIX. Los documentos abarcan desde aquellas primeras menciones de la presencia de piedras verdes “sin valor ni provecho” en las minas

de Chalchihuites, pasando por *Puntual descripción y explicación de este Real de Minas del Señor San Pedro de los Chalchihuites, su situación, arboledas y demás que en él se expresa en cumplimiento de la real determinación de Su Majestad*, obra redactada por el bachiller Bartolomé Sáenz de Ontiveros en 1777; los primeros registros de carácter científico, por ejemplo, los realizados por la Commision Scientifique du Mexique (publicados en 1867) o los artículos de Carlos Fernández y Ramón Castañeda en diarios y revistas del siglo XIX, como *El Minero Mexicano*, *La Naturaleza*, *Anales del Museo Nacional*, *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, *El Demócrata de Zacatecas* y *El Monitor Republicano*; y obras históricas, como el *Bosquejo histórico de Zacatecas*.

El capítulo II (pp. 139-216) presenta una selección de los documentos vinculados a la expedición, patrocinada por el Museo Nacional y promovida por su director Genaro García, que condujo al “descubrimiento” de las ruinas de Alta Vista a principios del siglo XX. Conocemos bien la referencia del suceso: el entonces estudiante Manuel Gamio fue comisionado para realizar la expedición, que fue suspendida casi de inmediato por el inspector Leopoldo Batres; el texto resultante de sus exploraciones fue publicado en *Anales del Museo Nacional* y constituyó la carta de presentación del joven estudiante ante Zellia Nuttall, quien lo recomendó para estudiar un máster en la Universidad de Columbia. La documentación ofrecida en esta antología¹ permite observar una historia mucho más amplia y compleja que la simple

1 Se trata de documentos oficiales: correspondencia e informes, así como textos publicados entre 1908 y 1910: noticias de periódicos y escritos que aparecieron en libros y revistas.

anécdota ya conocida por todos, haciendo patente el conocimiento previo de la zona y el interés en su exploración de Genaro García; los procedimientos técnicos y metodológicos emprendidos por Manuel Gamio y su interés por encontrar la zona de transición entre las antiguas culturas que ocuparon el centro y sur de México y las del suroeste y sureste de Norteamérica; así como la amplia red de informantes y el prestigio del inspector Leopoldo Batres, quien fue alertado por un lugareño sobre la “destrucción” de los vestigios que realizaba un “individuo proveniente de México”.

En el capítulo III (pp. 217-374) se presenta una selección de documentos de archivo y trabajos sobre Alta Vista, generados por las investigaciones emprendidas por la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, la Dirección de Antropología, la Dirección de Arqueología y la Dirección de Monumentos Prehispánicos entre 1921 y 1975, en dos apartados: 1) documentación de archivo (correspondencia, reportes e informes) en su mayoría inédita de 1921 a 1967; y 2) documentación impresa, es decir, capítulos y artículos publicados entre 1918 y 1967.

Así, se reproducen reportes e informes que, desde 1918, alertan sobre la destrucción que estaba sufriendo el sitio (por saqueo, vandalismo, uso habitacional), así como las medidas de protección y registro emprendidas en repetidas ocasiones (aunque no suficientes) hasta la década de 1960. Por otra parte, el capítulo comprende los primeros informes de la exploración realizada por la Universidad del Sur de Illinois en 1958 y los derivados de los trabajos efectuados por el INAH, en 1961, como parte del proyecto en la región noroeste del país para determinar las relaciones y conexiones del norte de México y el sur de Estados Unidos, vinculadas a Mesoamérica. Finalmente, los escasos trabajos que fueron publicados en estas fechas cierran esta selección.

Es posible valorar la importancia del compendio documental que ofrece esta obra con tan sólo observar su alcance cronológico. Por otro lado, un sencillo cálculo nos muestra la dimensión y coste de la empresa, tanto en la investigación y posterior recopilación de los materiales rastreados en numerosos archivos y bibliotecas especializadas nacionales y del extranjero,² como en la transcripción minuciosa de todo este material, su ordenamiento y análisis, para su publicación.

Sin duda, la posibilidad de consultar fuentes resguardadas en lejanas geografías en un solo compen-

dio ya confiere valor a la obra. No obstante, y visto superficialmente, esta minuciosa labor de compilación podría considerarse vacua, argumentando que la obra sólo integra documentos curiosos, aquellos que pocos ojos han visto en los archivos, que han sido escritos por personajes cuyos nombres jamás habíamos escuchado, o en el mejor de los casos, que fueron publicados en espacios editoriales que desconocíamos.

De hecho, en la arqueología en nuestro país —y a diferencia del campo de la historia— son pocos los trabajos de compilación de fuentes y sobre todo de fondos administrativos (a diferencia de los publicados en el campo de la historia),³ salvedad hecha de aquellos que reúnen, a manera de homenaje, la obra de reconocidos investigadores, pero que no integran documentación de archivo.

No obstante, me parece que *Antología documental sobre Alta Vista-Chalchihuites* representa una fuente de consulta de primera necesidad y, aún más, una fuente de la cual la arqueología debería nutrirse y enriquecerse tanto en su ejercicio cotidiano de interpretación sobre las culturas pasadas como en la reflexión de su actuar y devenir.

El alcance de la publicación, de hecho, es claramente evidenciado en el estudio preliminar de Baudelina García y Humberto Medina (pp. 13-57), que antecede a los tres capítulos de la *antología*. El texto no sólo introduce al lector en los contenidos de la compilación para facilitar su consulta, sino que resulta un complemento idóneo que brinda la erudita contextualización historiográfica de los documentos publicados y de sus autores; una síntesis de las ideas sobre la región y el sitio a partir de una aparentemente sencilla historia epistemológica del conocimiento sobre la región, y una profusión de datos biográficos de cada uno de los autores compilados. De tal suerte, tal estudio, complementado con oportunas notas al pie, dibuja la región y el sitio, su historia arqueológica y la interpretación del terreno y los vestigios, sus exploradores y observadores nacionales y extranjeros, así como la amplia erudición y conocimiento de la región por los autores.

El estudio preliminar, pese a la densidad de datos que contiene, es de prosa ligera y a lo largo de 44 páginas, devela como un caleidoscopio a la región y al sitio de Alta Vista gracias a las numerosas imágenes que permiten vislumbrar a otros actores y procesos.

2 Archivo General de la Nación, Archivo Histórico del Estado de Zacatecas, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Archivo Técnico de Arqueología y Archivo de los Kelley, en Texas, Estados Unidos.

3 Como una excepción notable, cabe destacar la obra coordinada por Roberto Gallegos Ruiz y compilada por José Roberto Gallegos y Miguel Pastrana Flores, *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán. Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán*, México, INAH (Antologías), 1997.

De esta forma no hace falta indagar con profundidad para hallar las valiosas vetas de investigación que ofrece esta publicación, tanto para los estudios arqueológicos como para quienes reflexionan sobre la historia de la disciplina. Para los primeros, sin duda, la recopilación de los informes de exploración y de las publicaciones resultan material indispensable para integrar el aparato crítico de cualquier nueva investigación que se emprenda en la región, porque en estas páginas se observa cada uno de los datos que ha emanado del sitio y lo ha que significado.

Asimismo la obra también brinda la posibilidad de observar cómo se ha construido cada dato, recordándonos con ello (casi entre líneas) la complejidad del trabajo arqueológico, porque el arqueólogo, lejos de culminar su tarea con la extracción de materiales, inicia con ello un proceso infinito de construcción de datos (que no de recopilación): sus interpretaciones sobre lo que ven y describen sus ojos, desde la terrible posición de privilegio que implica su acto de destrucción. Edifica así, en torno a las interpretaciones de las sociedades que estudia, datos de todo tipo, forma y tamaño: impresos, escritos, dibujados, mapeados, fotografiados, garabateados... Todo un catálogo y compendio que heredará, junto con los tepalcates, así como con sus prejuicios y conjeturas, a la siguiente generación de investigadores, quienes, gracias a ello, contarán con una inmensa cantidad de información para generar nuevas hipótesis antes, incluso, de tener que excavar en la tierra y ensuciarse las manos.

Es esta larga cadena productora de datos y conocimientos lo que ha sido compilado en esta *Antología*, y no una simple secuencia de ideas encadenadas que preceden a las investigaciones arqueológicas de hoy. Así, a lo largo de estas páginas podemos cuestionar, debatir o sumarnos a tal o cual interpretación sobre los procesos sociales ocurridos en Alta Vista, y también preguntarnos por el proceso de valoración de la región en función de su aprovechamiento y utilidad, ya sea para fines comerciales (como yacimiento) o científicos (como sitio); por el papel de la Corona en el proceso de valoración de las antigüedades americanas como testigos del pasado, es decir, del rol de la interpretación de dichos objetos en el proceso de emergencia de la historia humana fuera de los márgenes de las Sagradas Escrituras; por el papel de los mineros e industriales en el conocimiento de los sitios norteros y, por tanto, de la gesta de la disciplina arqueológica; por cómo adquirió valor histórico la región, pero sólo en relación con el centro ideológico nacional, es decir, como área de paso de las migraciones aztecas hacia el Altiplano o como zona de transición entre las culturas que ocuparon el centro y sur de México y el suroeste y sureste de Norteamérica;

por la lenta configuración del Norte mexicano como área de estudio histórico; por la valoración del patrimonio en las regiones norteras; por la conservación y el deterioro de la zona a partir de su descubrimiento; por su uso como zona de investigación y también, por sus otros significados: como habitación o área de saqueo; y por el reto que implica preservar las construcciones de tierra.

Y también permite observar más allá, a la disciplina y sus comunidades: el centralismo que domina la investigación arqueológica desde el siglo xx manifiesta tanto en los presupuestos asignados como en las investigaciones emprendidas; los intereses de la comunidad de Estados Unidos por ampliar sus áreas de investigación; el proceso de formación de la disciplina arqueológica; los vínculos y diálogos entre las comunidades científicas mexicana y estadounidense; el desprecio académico por las regiones “no-civilizadas”, y la siempre presente, y algunas veces aplastante, Mesoamérica, que eclipsa todo a su alrededor.

De esta manera, *Antología documental sobre Alta Vista-Chalchihuites* no sólo es un instrumento que facilita, en mucho, la ardua tarea de investigación de gabinete de los estudiosos de Alta Vista, sino que constituye una fuente de enorme valor para la reflexión y la comprensión del quehacer de nuestra disciplina y de sus actores, recordándonos en cada página la complejidad implícita en la tarea del arqueólogo, esa que compartimos con el resto de las ciencias humanas. Al respecto, en su ya clásico *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault aseveraba:

Lo que explica la dificultad de las ciencias humanas, su precariedad, su incertidumbre como ciencias, su peligrosa familiaridad con la filosofía, su mal definido apoyo en otros dominios del saber, su carácter siempre secundario y derivado, pero también su pretensión a lo universal, no es, como se dice frecuentemente, la extrema densidad de su objeto; no es el estatuto metafísico o la imborrable trascendencia del hombre del que hablan, sino más bien la complejidad de la configuración epistemológica en la que se encuentran colocadas...⁴

La configuración de la que habla Foucault provoca que el arqueólogo, además de excavar en los sedimentos de la tierra, tenga que profundizar en la estratigrafía de los conocimientos que otros, antes, ya construyeron para, sólo entonces, poder cimentar con firmeza los propios, haciendo con ello, una verdadera “arqueología del saber” en el arte de desentrañar y reconstruir la larga cadena de configuraciones que

4 Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Trad. Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI Editores, 2001 [1968], p. 338.

hemos hecho para nombrar y significar las palabras y las cosas, nuestro conocimiento sobre los “otros”.

En este sentido, la *Antología documental sobre Alta Vista-Chalchihuites* en su primer volumen nos ofrece un rico yacimiento estratigráfico de ideas y miradas,

plasmadas en documentos, invitándonos a enriquecer nuestra disciplina a través de una “arqueología del saber”, como la llamara Michel Foucault hace ya más de 50 años.

Haydée López Hernández

Dirección de Estudios Históricos, INAH